

Los motivos de los poetas para desear fundar o pertenecer a una academia son múltiples. Uno de ellos, y no el menor, fue el deseo de formar parte de esa comunidad erudita universal dentro de la cual se movían los humanistas, y que les daba acceso a redes que hacían posible el establecimiento de amistades con las cuales se intercambian ideas, libros, objetos. La academia, en efecto, permitía al poeta entrar en contacto con otros poetas y hombres de letras, pero también significaba la posibilidad de entrar en relación con los notables que les facilitarían la obtención de cargos burocráticos o puestos políticos de mayor o menor importancia o que actuarían como mecenas, permitiendo así al poeta embarcarse o continuar con una carrera dedicada a las letras. La academia fue, pues, tanto medio como fin, en cuanto que legitimaba la actividad del poeta que lograba ingresar en ella.

Lo dicho anteriormente puede trasladarse al nivel colectivo: la existencia de la academia da prestigio a una ciudad o a una región, la legitima y le labra un lugar en el mapa letrado. Las academias españolas proliferan no sólo en la corte sino fuera de ella, en los grandes centros urbanos: Toledo, Sevilla, Granada y en varias ciudades de Aragón. La situación de alejamiento del centro del poder no puede sino ser una cuestión central en el proyecto de formación de una academia en la ciudad de Lima: si Zaragoza se creía abandonada por la Corona y Sevilla se sentía lejana de Madrid, ¿qué podía decirse de la Ciudad de los Reyes en la década de los noventa? La construcción del espacio letrado comienza, pues, espoleado por las exigencias de reconocimiento, legitimación y valoración de las elites de una ciudad que intenta competir intelectualmente con esa otra cabeza de reino, la ciudad de México, e ingresar al mapa letrado imperial.

II. El caso de la Academia Antártica

Emblema y signo a la vez, el proyecto de crear una academia reclama y exige un reconocimiento de la labor intelectual local, a la vez que intenta demostrar que el Nuevo Mundo aporta al Viejo no sólo riquezas materiales, sino también claros ingenios: los peruleros quieren volverse los antárticos. El nombre mismo de la Academia Antártica denota una doble vertiente: por una parte, la filiación clásica y peninsular, por otra, el enraizamiento en un espacio desde el cual se crea, ese *locus* que comprende un territorio metafórico, unas obras, unos autores, es decir, un parnaso antártico o austral. No en vano el adjetivo se repite en los títulos de las obras de sus miembros: La *Miscelánea antártica* de Mi-

guel Cabello Valboa, la *Miscelánea austral* de Diego Dávalos y Figueroa, la *Primera parte del Parnaso antártico* de Diego Mexía de Fernangil (seguida por una segunda parte inédita del mismo nombre).

Pero cabe a esta altura preguntarse qué sabemos de la existencia de la Academia. Alberto Tauro del Pino, único en dedicarle un libro, acentuó su elusividad ya desde el título del mismo; Lohmann Villena, por su parte, la ha calificado de «fantasmal». En efecto, sabemos de su existencia gracias a tres fuentes principales: a) el soneto de Gaspar de Villarroel y Coruña, en nombre de la Academia, a Pedro de Oña (que aparece en el paratexto del *Arauco Domado* (Lima, 1596); b) la mención que de ella se hace y el elogio que se le ofrece a sus miembros en el «Discurso en loor de la poesía» de la Poetisa Anónima, publicado en el paratexto de la ya mencionada *Primera parte del parnaso antártico* de Mexía de Fernangil (Sevilla, 1608); c) el soneto de Pedro de Oña en nombre de la Academia (*ibid.*).

La falta de datos sobre el funcionamiento puntual de la Academia, empero, no parece esencial para el acercamiento que he planteado anteriormente, es decir, para el estudio de los aspectos ideológicos y sociopolíticos del proyecto de academia dentro del espacio letrado que se está construyendo en ese entonces en el virreinato. Lo que cuenta es la existencia de un grupo de personas dedicadas al ejercicio de las letras (aunque parcialmente) en el virreinato, con intereses comunes, y, como veremos enseguida, con un proyecto común, relacionadas con otros grupos de letrados, con virreyes y altos funcionarios de quienes esperan el mecenazgo; un grupo muy móvil, que circula por el virreinato del Perú, guarda contacto con la Nueva España y sigue funcionando en el ámbito cultural de la Península.

Tauro, basándose en los ya mencionados elogios que prodiga la Anónima, establece una lista de diecinueve miembros, a los cuales añade el del capitán Pérez Rincón, cuyo soneto aparece al final del *Parnaso antártico*. Partiendo de esta lista, podemos establecer tres grupos: a) autores de quienes existe al menos una obra conocida: la Anónima, Diego de Aguilar y de Córdoba, Cabello Valboa, Dávalos y Figueroa, Diego de Hojeda, Mexía de Fernangil, Oña— a quienes podemos sumar el nombre de Enrique Garcés y Juan de Miramontes y Zuázola, relacionados con la Academia; b) autores de quienes se conoce al menos una composición poética: Cristóbal de Arriaga, Francisco de Figueroa, Pedro de Montes de Oca, Luis Pérez Angel, Cristóbal Pérez Rincón, Juan de Portilla y Agüero, Juan de Salcedo Villandrando, Gaspar de Villarroel y Coruña; c) autores que sólo conocemos por referencia: Pedro de Carvajal, Antonio Falcón (señalado por la Anónima como director espiritual de la Academia), Duarte Fernández, Luis Sedeño, Juan de Gálvez.

En cuanto al programa de la Academia –que podemos reconstruir en sus grandes líneas a través de las obras de los autores–, se trata de trasladar el edificio de la cultura grecolatina ya actualizada por el humanismo renacentista e implantarla en una región lejana y percibida como bárbara. Mencionemos sólo dos aspectos centrales:

a) La traducción y la difusión del saber

Es bien conocido que uno de los objetivos centrales del humanismo europeo era el de exhumar y revivificar los conocimientos que poseyera la Antigüedad clásica; de allí la tarea de purificación de la lengua latina, la vuelta a las fuentes originales y la búsqueda de versiones fidedignas de textos que habría de llevar al nacimiento del método filológico, marcado por una preocupación nueva por la lengua y por las modalidades de la traducción. El afán de difundir los conocimientos hizo de la traducción, además, una tarea central, siendo las traducciones de textos clásicos y, posteriormente italianos, constante a lo largo del siglo XVI.

La traducción ocupa un lugar de importancia dentro de las obras conocidas de los antárticos: de un *corpus* de dieciocho obras que han llegado hasta nosotros, cuatro son traducciones y una incluye traducciones de poesías. Las primeras, cronológicamente, son las tres traducidas por Garcés: *Francisco Patricio de Reyno, y de la institucion del que ha de Reynar* (Madrid, 1591); *Los Sonetos y Canciones del Poeta Francisco Petrarcha* (Madrid, 1591); *Los Lvsias de Lvys de Camoes* (Madrid, 1591). Le sigue la ya mencionada obra de Mexía y Fernangil (Sevilla, 1608), traducción de las *Heroidas* de Ovidio y de la *Invectiva contra Ibis*. Finalmente, la *Miscelánea austral [...] Con la Defensa de Damas* (Lima, 1602) de Dávalos y Figueroa, incluye una serie de traducciones de composiciones poéticas de Vittoria Colonna y de Tansillo que se insertan en los coloquios en verso y en prosa, en los cuales los interlocutores Delio y Cilena discurren, desde La Paz, sobre la poesía, el amor y otros tópicos.

b) El cultivo de la historiografía y la construcción de una memoria antártica

La filología, pero igualmente la historiografía, constituyen las bases sobre las que se fundó el humanismo europeo. La época del Renacimiento marca el desmembramiento de la Ecumene cristiana de la

Edad Media y la gestación de los Estados modernos. La preocupación de los humanistas por el pasado histórico no sólo se manifiesta en un cambio profundo en el modo de hacer historia sino también en el surgimiento de la historia local o nacional— articulada o no con la universal. La historiografía estará al servicio de la política de las ciudades estado italianas o de las familias que las rigen y como consecuencia de ello se cultivarán las historias dinásticas e historias locales.

La reflexión sobre el pasado o la necesidad de dejar por escrito las hazañas de los contemporáneos está presente en varias de las obras de los miembros de la Academia y se plasma en diversos géneros. El género historiográfico es utilizado por Aguilar y de Córdoba en *El Marañón*, que narra la expedición de Lope de Aguirre. La miscelánea permite a Cabello Valboa en su *Miscelánea antártica* tratar largamente la cuestión central del origen del hombre americano y la historia de los Incas hasta la llegada de los españoles y a Dávalos y Figueroa, en su *Miscelánea austral*, plantearse ciertos aspectos del pasado indígena. La poesía heroica, por su parte, fue practicada probablemente por Cabello Valboa (en la *Volcánea*, perdida), por Pedro de Oña en su *Arauco domado* y por Miramontes y Zuázola en sus *Armas Antárticas*, poema que toca la toma de Cajamarca y las guerras civiles pero que se centra en las acciones cuasi contemporáneas de los piratas Drake, Oxenham y Cavendish. La mirada histórica de los de la Academia, si bien no se plasma en una historia del reino, toca cuestiones centrales para el mismo (el origen del indio americano, la tiranía de Lope de Aguirre, las guerras del Arauco, los ataques de los piratas) y contribuye así a la construcción de una memoria antártica.

Conclusión

En las páginas anteriores, he intentado plantear la cuestión del estudio de las elites letradas en el virreinato del Perú, basándome para ello en uno de sus ejes, la academia, y en un caso particular, el de la Academia Antártica. A pesar de las lagunas de información que sufrimos, el interés de su estudio es múltiple: por el valor intrínseco de las obras de sus miembros; por su labor de mediación de la cultura humanista y del italianismo en el virreinato del Perú; finalmente, por la función que cumplió en el establecimiento de una cultura de corte virreinal y en la construcción de un pensamiento letrado que contribuirá a la formación de una nueva sociedad.



Carboncillo 106,5 x 76,5 cm, SF, SF, *Retrato de Christophe*